

la impostura humana. María es una realidad, y tan por encima de todas las realidades de la tierra, que en presencia de su vida sin ejemplo y sin imagen, nuestra razón tiene que colocarse en esta disyuntiva ineludible: María es la Madre de Dios, ó sin serlo tuvo todos los dones, las gracias y las santidades que la madre de un Dios hubiera tenido. Su excepcional grandeza se comprende siendo María la madre de Jesucristo. Pero repugna á la sabiduría infinita, el que Dios haya creado un sér tan excelso en todo género de excelsitudes como María, para que no fuera su madre, la madre de un Dios hecho hombre por amor á los hombres.

María de Nazareth es sin duda la madre de Jesucristo Dios y Hombre verdadero. ¡Ojalá y la verdad conocida no sirva sólo para que seamos más rigurosamente juzgados! Tiembla hasta la raíz el alma, al pensar lo muy amable que es María y lo muy poco que la amamos. Si la bondad de la madre nuestra, no excediera en mucho, inmensamente á la maldad nuestra, estábamos todos irremisiblemente perdidos. Tal parece que nos hemos propuesto los humanos amarle todo, menos á Ella.

¡Se confunde el espíritu verdaderamente, sólo de considerarlo! La gloria humana ¿qué es? Un relámpago de luz fatua, que no ha brillado aún cuando ya se extinguió. No hay cronómetro capaz de marcar los rápidos instantes que vive la hermosura. Aun no se encuentra un oro tan precioso que alivie el más pequeño dolor del alma ó del cuerpo. ¿Qué sabio pensó después de muerto, qué rey dictó leyes y cual conquistador fué temido cuando sobre sus cuerpos cayó la losa de sus tumbas? Nuestra vida es tan corta, que el reloj del tiempo para medirla, se sirve de un instantero de segundos, El mundo todo en verdad ¿qué vale? ¡Nada! Y sin embargo lo amamos con toda el alma, y no hay cosa vana, sobre la que no derramemos nuestro amor á torrentes.

Después de Dios nada hay en si mismo tan amable como María. Sabia es, santa, compasiva, dulce, amante y poderosa. Llena está de gracias, de tesoros y virtudes: es la amabilidad misma, y no la amamos sin embargo. Para con ella somos duros é ingratos con una alevosía tan negra y tan pérfida, que el hombre más bondadoso de la tierra no nos hubiera perdonado una vez

lo que María nos ha perdonado setecientas. En cuanto á mí, siento que si yo fuera dos hombres y me hubiera hecho á mí mismo, lo que he hecho de injurias á mi amorosa Madre, ya yo en un arrebato de justa indignación, después de escupirme la cara me hubiera estrangulado por ingrato y por infame.

La amabilidad de María, por una parte, y nuestro desamor por la otra, sería un contraste capaz de volvernos locos, si una frase de San Pablo no lo explicara todo. Siento en mí dos hombres, decía el apóstol. Si San Pablo se sentía dos hombres, nosotros debemos sentirnos la mitad hombres y la mitad demonios.

¿Qué haremos, pues, para amar mucho á María? Tal vez se acercan ya los tiempos en que de un golpe y en una sola moneda le paguemos todo el amor que le debemos. Las lágrimas del sufrimiento contienen una cantidad inmensa de amor, y son esencia de caridad condensada en brillantes. ¡En llanto vamos á pagarle nuestra deuda!

Y de sufrir oportunidad tendremos. Quién sabe qué flota en la atmósfera, semejante á la cauda del ángel de la ira del Señor. Pa-

rece que todo lo bueno se aleja para dejar sólo una masa maldita donde el fuego de la cólera divina pueda cebarse sin piedad. ¡Pero no! Dios es compasivo y bueno. Hay misericordia, aun en las entrañas de su justicia. Los cristianos debemos ser los árabes del Providencialismo. Un solo versículo de nuestros libros bastaría para consolar de las más grandes desventuras á la humanidad entera; el de aquel cabello y la hoja aquella, que no cae el uno ni se mueve la otra, sin la voluntad de nuestro Padre que está en el cielo.

La carne es flaca y tiembla al recuerdo de aquella arena del Circo empapada en sangre cristiana; al del cadalso de Lord Strafort se estremece: y en presencia del patíbulo de María Stuardo se inunda de pavor. Y en el punto á que hemos llegado es imposible todo engaño: el tórculo está levantado y á la primer vuelta de su manubrio nos triturará los huesos. De nuestros hermanos en fe, quién sabe cuantos se morirán de hambre: cuantos irán á dejar sus huesos en tierras extrañas y remotas: y cuantos tal vez más afortunados, dejarán la cabeza en el patíbulo.

El horizonte está negro y amenaza desatarse una tempestad de sangre. Las persecuciones han producido en otros siglos, apóstatas, combatientes y mártires. ¡ Hagamos un pacto, digna ofrenda á la Madre amorosa de un Dios todo amor! El primero de nosotros, que por la gracia del Señor suba al cielo, le pedirá á María de hinojos ante su trono, que la persecución en México no produzca un solo apostata, no haga brotar un solo combatiente, sino que sea fecunda únicamente en mártires!

¡ Virgen María, óyelo bien! Desde hoy te dejámos solemnemente emplazada, para cuando la ola se encespe enfurecida y nos arrastre mugiendo entre sus tumbos de sangre!



DISCURSO

pronunciado

EN LA ASAMBLEA GENERAL
DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE PUEBLA
la noche del 8 de Diciembre de 1881.
